

yo así darte quiero
la miel de mi amor.

Si allende los mares te vas, yo te espero;
¡Adiós, dueño mío; mas vuelve, ó me muero
de afán y dolor!

.....
Así se despide de nosotros la dulce poesía; cantando la fe del amor puro y resignado, ideal, en suma, por los labios de estas dos figuras graciosas, suaves, nobles, vigorosas: la *Carmela*, de Campoamor, y la *Marifina*, de Zorrilla.

Apresuráos, mis queridos compañeros en naturalismo, á oír á estos ancianos que evocan la fe *del amor primero*; ellos pintan la mujer con quien se sueña; vosotros la mujer con quien se duerme.



¡SEIS BOLAS NEGRAS!

SEIS bolas negras!
Seis españoles, llamémoslos así, opinan que Zorrilla no merece 30.000 reales al año (1) como los que se le pagarán á tocateja á Tejada Valdosera el día, día feliz, que deje de ser ministro.

Es decir, que según esas seis bolas, símbolos de otros tantos padrastrós de la patria, Zorrilla no ha prestado al país tantos servicios como Marfori, el marqués de Molins ó cualquiera otro Roca más ó menos Togores que haya sido ministro.

¿Qué creerán esos *bolas negras* que es un poeta, y qué creerán que son 30.000 reales?

¡Lástima que esos caballeros no tengan el valor de sus convicciones hasta el punto de atreverse á fundar su voto y firmarlo y darlo al público así!

(1) *Al fin* ya tiene Zorrilla la pensión; pero ¡no ha costado pocos sudores arrancársela á los padres de la patria!

¿Qué pueden alegar en favor de su opinión negra?
¿Que no saben leer, y que para ellos sobran los poetas que no cantan por la calle?

Eso no basta; porque otros muchos diputados habrá que no sepan leer, por lo menos con sentido y señalando las comas como es debido.

Mejor disculpa es la que se atribuye á uno de esos señores negros, que decía explicando su voto:

—Sí, señores, yo soy una de esas bolas... porque... francamente, eso de pagarle el pupilaje en Londres á un revolucionario como Zorrilla, no me hace gracia.

Hay quien dice que otro de los que votaron en contra, otro de los tiznados, fué el marqués de Pidal; pero es claro que esos son dicharachos, y no hay fundamento que históricamente dé fuerza á semejante atrevida conjetura.

Yo me apresuro á decir que no sé si fué ó no; que creo que no puede haber pruebas de que haya sido, y que me guardaré muy bien de suponerlo.

Pero ello es que los que presumen que fué él, dicen, y mienten seguramente, que exclamaba:

—¡Zorrilla! ¡Bah, bah! ¡Si fuera el P. Mir!

—O yo, añaden que interrumpió Cánovas.

Cánovas habrá votado con bola blanca, pero en el *forro interior*, que diría el otro, de fijo le pareció una delicada atención para con su lira el voto oscuro de los seis incógnitos.

—Señores—gritaba un ministerial;—yo creo que

Zorrilla merece la pensión; pero es una injusticia que aquí se den pensiones, ni se celebren centenarios, ni banquetes, ni nada, en honor de bicho viviente ó difunto, mientras la patria agradecida y enamorada, no tribute al cantor de Elisa la apoteosis que merece.

—¿Pero qué le parece á usted que merece Cánovas? ¿qué le daremos?—le preguntaban.

—Qué sé yo... algo así... como... la luz del Tábor; eso es, una aureola de luz eléctrica, unos cuernos luminosos, como los de Moisés... en fin, algo muy reluciente.

—¿Le parece á usted que hagamos de él lo que la antigüedad con la cabellera de Berenice?

—Eso es, justo: ¡qué menos puede ser Cánovas que una constelación! ¡Elevémosle á la categoría de nebulosa!

Y Bosch, ó sea Bosquete, haciendo un colmo, diría:

—¡Si me convierten ustedes en estrella á Cánovas, no olvidar que sea de las dobles!

Otro de los *bolas negras*, que es mestizo, decía que él hubiera votado la pensión con mil amores, si fuera para D. Ceferiño Suárez Bravo, alias Ovidio el Romo, autor de *Verdugo* y *sepulturero* y de un anteproyecto de ópera española, intitulada *Don Alvaro de Luna*, y además de una novela consumada que responde por *Guerra sin cuartel*.

Eso sí. Mientras las Cortes españolas no acaban de dar á Zorrilla, al gran poeta nacional, del que se ha-

blará todavía cuando no haya Cortes en el mundo ni casta de Torenos para presidir, ni campanillas; mientras este escándalo dan nuestros mandatarios, la Academia Española pierde el tiempo, que es oro, oyendo leer día tras día una novela de Ovidio el Romo, y en una sola votación decide premiarla con 20.000 reales.

Un novelista que va á pedir 20.000 reales á la Academia está juzgado... como hacendista; y una Academia que premia por sí y ante sí una novela de Ovidio el Romo, está también juzgada por esto y por el Diccionario y por Catalina, que era antes el último académico, y ahora es el penúltimo, gracias al marqués de Pidal, ese *non plus ultra*.

Pero no tergiversemos los académicos.

A los cuales un colaborador de *El Imparcial* les está demostrando que no saben lo que se *diccionarizan*.

Eso sí; mucho conde de Cheste, marqués de la Pezuela, ó al revés, ó no sé cómo, ni me importa, dignidad de Clavero Mayor (y no ha dado una en el clavo, tan viejo como es), individuo de la de los (¿en qué quedamos?) Arcades en Roma (como si hubiera Arcadia posible donde está Pezuela), socio preeminente de la de Buenas Letras de Sevilla... sí, sí, preeminente y promiscuante y protuberante y preecesidente y *Antiitii Dante*.

Para definir á Cheste y á Molins, ese Roca Togores de apellido y Roca Tarpeya de la poesía, tiene el Diccionario de la Academia palabras, palabras, palabras,

y para definir á Dios no tiene más que éstas: «Nombre sagrado del Supremo Sér (por no decir Sér Supremo), criador del Universo (¡qué sabe usted!) que lo conserva y rige por su providencia...» ¡Vaya una teología ramplona! Y gracias que la Academia no hace á Dios *de la de los Arcades* de Roma.—¿Y qué más dice de Dios? A los dos renglones dice esto: «*Adiós con la colorada*, expresión familiar de que se usa para despedirse.»

Y vive Dios que no es verdad. *Adiós con la colorada* es una exclamación que se usa para manifestar que una cosa se ha echado á perder, ó que lo hecho ó dicho por alguien es una salida de tono ó de pie de banco. Así, por ejemplo, la Academia publica un Diccionario lleno de disparates, y el país exclama: «¡*Adiós con la colorada!*»

Y la *colorada* aquí es la Academia, que debe de estar como un tomate.

¿Si serán académicas las seis bolas negras del Congreso?



LOS GRAFOMANOS

I

ESTA palabreja, que no figura en el Diccionario, se explica por sí misma: se trata de los que tienen la manía de escribir.

Sin embargo, no es exacta, lo que se llama exacta, la definición. El grafomano no es un loco; es, como le llama Maudsley, el *hombre de temperamento alocado* á quien le da por escribir; es una especie del género de los *alocados* que podríamos decir nosotros; del género que denominan *neurósico hereditario* Morel, Legrande le Saulle y Schüle (éste llama á la enfermedad correspondiente *Geisteskrankheit*, enfermedad del espíritu); del género de los *neuropáticos*, según Razzi; especie, en fin, de los *mattoidi-grafomani*, como en italiano la califica Lombroso.

Los grafomanos, llámense como se llamen, pertenecen á la jurisdicción de la triste Psiquiatría por un res-

pecto, mas por otro gozan fuero literario y son de la jurisdicción exenta de la crítica.

Acumulan esos notables escritores de Teratología casos y más casos, ejemplos y más ejemplos de semi-pocura literaria, y de tanta observación y de tan atinados experimentos inducen reglas generales, que merecen ser atentamente estudiadas por quien, sin ser médico, ni fisiólogo, ni alienista, ni siquiera loquero, se ve en la necesidad de entenderse (ó de no entenderse) á menudo con grafomanos, y leer cosas suyas y guardarles consideraciones y tomarles en público por lo que no son, esto es, por verdaderos literatos. Yo tengo la convicción de que muchos más de la mitad de los que escriben y publican libros, artículos, etc., etc., son grafomanos, semilocos ó semitontos; y esto no lo digo en broma, ni por desacreditar á nadie, sino porque así me lo enseña una observación constante de más de diez años. Es claro que hay grados en esto de la grafomanía, y desde *Estrada el pentacróstico* al autor, para mí desconocido, de la *Pentanomia pantonómica del Latente pensante*, á ciertos poetas y prosistas prolijos, que ya me guardaré yo de nombrar, hay muchos peldaños de manía; pero por lo mismo es más seria y más verosímil mi creencia.

Ahora bien (como se dice cuando se habla didácticamente), *ahora bien*; los estudios de la Psiquiatría deben ser conocidos por los críticos literarios, para evitar muchos disgustos y algunas injusticias; pero los críti-

cos á su vez pueden decir sobre este particular algo que sirva para aumentar el caudal de observaciones depositadas en los archivos de la Psiquiatría y en los laboratorios de los fisiólogos especialistas que manejan estas desconsoladoras estadísticas.

Aunque yo no soy crítico, sino meramente un revisero literario, algo sé de grafomanía experimental, y quiero en este artículo, y acaso en otros, tomar nota de algunos caracteres señalados á esta enfermedad por la ciencia, compararlos con los datos de mi observación, mostrar cómo convienen unos con otros, y añadir algunas ideas propias que, si tal vez no serán inútiles para el frenópata de esta especie, de fijo servirán desde el punto de vista literario que ya hemos dicho que abarca la cuestión.

¿Quién duda que la crítica tiene que cambiar mucho desde el momento que tome en cuenta en los malos escritores y en los escritores tontilocos el aspecto fisiológico de la materia? Sucederá lo mismo que está sucediendo con el derecho penal, según cuyos adelantos modernísimos el culpable de un enorme crimen no es responsable de la atrocidad que haya hecho, porque todo es cosa de la sangre. No, no hay responsabilidad, según las teorías modernísimas, tan caritativas como previsoras; pero al criminal se le hace pedazos, por lo que pueda suceder. Criminalista á la moda hay, criminalista *bécarre* podría decirse, ó *aceitoso*, por lo flamante y *distinguido*, que propone una caza mayor de

criminales probables, para evitar los crímenes del porvenir. El sistema no puede ser más sencillo: sabe la ciencia, ó poco menos, cuáles son las señas fisiológicas y casi casi histológicas de la criminalidad virtual ó latente, y lo que se hace es poner la horca, no antes que el lugar, sino antes que el crimen; es decir, se da garrote al que tenga el cráneo de tal figura (para la cual se recurre á los sombrereros, que toman la medida de la cabeza y que de camino pueden servir de verdugos en terminando el proceso). Aquel hombre (el difunto) no era responsable, ni había cometido ningún crimen, cierto; pero lo iba á cometer tarde ó temprano, y como, de todos modos, responsable no habría de serlo tampoco después de su fechoría, porque no hay responsabilidad, se le mata previamente, y así nos evitamos, de dos muertes, una, la de la víctima. Como de este modo se ahorra la mitad de la matanza, toda la que habrían de hacer los asesinos, no importa que en la suya se le vaya un poco la mano á la justicia y mate algún criminal problemático. Estas son las últimas teorías penales, tal vez expuestas con alguna exageración, ni más ni menos bárbaras que los ordalías y demás atrocidades de nuestros padres los Bárbaros, cuya casta ya ellos podían haber previsto que había de venir á parar en estas suavidades positivistas modernas. Tal vez un criminalista italiano de éstos, cuando cree representar lo más fino y lo más pulcro del aticismo científico moderno, está siendo sencillamente un caso

de atavismo ostrogótico. ¡Ah, señores modernos, somos todavía mucho más *Alaricos* de lo que pensamos! Pero vuelvo á mi tema, del cual *positivamente* me había separado.

Decía que la crítica también va á tener que cambiar mucho, en vista de los estudios modernos sobre la teatología literaria. No quiero decir con esto que debamos decapitar, lo que se llama decapitar, á todos los que escriben por manía. Esto irá en sistemas: el que opine con el alienista de armas tomar que el loco por la pena es cuerdo, tratará á los grafomanos á palo limpio; el que piense que al demente le conviene el mimo, la expansión, la libertad, se hará crítico benévolo, irá todas las semanas al Ateneo á ver amanecer el sol del genio representado por algún poeta inédito, y cuantos más desatinos diga un poetastro ó un novelista, más se los alabará, por aquello de *similia similibus*.

Pero noto que este artículo va muy desordenado, y esto no parece bien tratándose de asuntos didácticos. Prometo el mayor orden y compostura á partir del siguiente número romano.

II

El grafomano es una variedad de los que llama Lombroso *Mattoidi*, variedad que une al tontiloco intelectual con el sentimental (*affettivo*); ofrece analogías con el hombre de genio (¡ojo, señores críticos!), y

también contrastes (¡ya lo creol como que el tonto es bobo). La cuestión, dice el mismo autor (al cual estoy fusilando, como ustedes habrán observado ya, ni más ni menos que fusilan á otros naturalistas y médicos algunos amigos míos, que lo hacen, pero no lo dicen); la cuestión tiene hoy grande importancia, no sólo clínica y literaria, sino también política y social (diga usted que sí... ¡se llevan cada empleo los grafomanos!)

«La funesta actividad, añade el sabio, de los grafomanos está disfrazada con una sencilla tendenciaseudoliteraria.»

Efectivamente, ésa es la madre del cordero.

Uno de los mayores peligros que ofrece el grafomano, es ese; que se disfraza, que cuesta trabajo reconocerle. La principal tarea de la crítica negativa, en mi sentir, se reduce á esta función de policía alienista: descubrir á los grafomanos, á quien los gacetilleros suelen llamar genios y cosas así.

Ya saben ustedes que la criminalogía modernísimales toma la medida de la cabeza á los criminales de vocación; pues, amigo, la crítica no puede recurrir á esta prueba: la ciencia lo dice: «el *alocado* grafomano tiene casi siempre el cráneo normal.» Por este lado no adelantamos nada. Tal vez esta normalidad del cráneo explica que algún crítico, digno de ser sombrerero, al ver que á tal necio grafomano le viene bien el sombrero de Campoamor, v. gr., le tome por otro gran poeta. ¡Señores, convenzámonos, la crítica no es cues-

tión de sombrerería!... Lo que el crítico necesita saber de un escritor malo, no es dónde le aprieta el sombrero, sino dónde le aprieta el zapato.

Prosigamos.

El carácter distintivo del tontiloco literario es «la convicción exagerada de los méritos propios, de la propia importancia.»

Lo digo con orgullo: ya me había yo adelantado á esta conclusión de la ciencia. Decía yo: sólo conozco un sér más vanidoso que el poeta: el poetastro.

He tenido ocasión de pasar las de Caín muchas veces por causa de esta exagerada vanidad de los grafomanos. Muchos de ellos me han jurado odio eterno, como Aníbal á Roma, sólo porque me había permitido negarles que fuesen tan Homeros como ellos se habían figurado. Un poeta verdadero también sabe aborrecer, pero sabe perdonar al fin y al cabo: un poeta maniático no perdona. El poeta de verdad no expone la vida, ni siquiera la salud, ni la tranquilidad, ni las comodidades ordinarias, por vengarse de una censura literaria; pero un grafomano abandona familia, riquezas, todo, por hacer ver al mundo entero que su poema ó su comedia es excelente, y el que lo ha negado, un malsín.

Un escritor de vocación legítima no descende jamás á buscar en terreno ajeno á la jurisdicción literaria, disgustos importunos; el grafomano piensa que el tiempo no pasa para sus agravios, que lo que se ha di-

cho contra sus obras siempre es de actualidad, que la herida siempre mana sangre, y que la venganza siempre está en su punto.

El grafomano en la *vida práctica* puede parecer una persona formal, y hasta suele desempeñar un oficio cualquiera con cabal acierto y como cualquier otro; además, no se resiste contra el destino, y á pesar de los desengaños continuados, insiste en creerse un gran escritor. De nada le sirve que el mundo desprecie sus obras: ni ceja, ni se desanima. Estas observaciones coinciden también con las más.

Yo he visto grafomanos que fueron medianos ministros, y hasta ministros de primera clase. Ejemplos conozco de eminentes hombres de Estado que no apreciaban tanto su grandeza como los sonetos que escribieron á su Dulcinea, por más que sus poesías fuesen detestables y los periódicos de oposición se burlasen de ellas. El grafomano puede ser guerrero, marino, telegrafista, abogado, y se portará bien en el cumplimiento de su destino. Esto desorienta á muchos críticos. No comprenden que el hombre que en la vida ordinaria habla con buen sentido y se porta como el que mejor, en cogiendo la pluma se vuelva semitonto ó semiloco, y pierda los estribos. Y sin embargo, es así; lo dice la ciencia y lo dice la experiencia.

Otra señal, que Lombroso no da, pero que es exacta, consiste en que el grafomano escribe de balde. Díganlo todos los periódicos y revistas inundados de origi-

nal que sobra, viéndose obligados á contener la invasión grafomana con advertencias en que se dice, con buenos modos, que se ha llenado el cupo, que ya no caben más tonterías por escrito en los estantes de la redacción.

En España el grafomano se ha aprovechado de la pobreza general de las empresas literarias, y especialmente de las periodísticas, para llegar á tener más importancia que en otros países.

Nuestra prensa actual, dicho sea sin ofender á nadie, cuenta entre sus constantes colaboradores gran número de enfermos de este prurito que llamaría plumífero el famoso Góngora. La codicia obliga á muchos editores y directores de periódico á preferir los escritos prolijos é insustanciales de los grafomanos á los trabajos literarios verdaderos, porque éstos hay que pagarlos y aquéllos no.

Y en último caso, el tontiloco literario, si no encuentra editor para su libro, ó periódico para sus artículos, se entrega al placer solitario de publicar sus obras por su cuenta ó de fundar su papel diario ó su revista correspondiente.

Otro carácter que señala Lombroso al grafomano se refiere á la aprensión de creerse el tal fundador de una escuela, jefe de un bando literario. ¿Quién no ha podido verificar la exactitud de esta observación con los datos de la propia? ¿Quién no recuerda recientes ejemplos en la grafomanía española, de fundadores de

escuela literaria que consiguieron hacer algún ruido?

Y cuando no fundadores, los grafomanos, por lo menos, se declaran apóstoles ardientes de novedades importadas, que ellos entienden á su manera.

Voy á poner un ejemplo: el Naturalismo. Esta doctrina, en parte nueva, en parte antigua, ha dado ocasión en España á un renacimiento de tontera literaria que nunca lamentaremos bastante. No hay aficionado cursi de las letras que no se sepa de memoria lo que dijo Gautier de sus chalecos de colores con motivo de las batallas de clásicos y románticos; no hay tampoco bobo literario que no haya querido ser actor en un remedo de semejantes luchas incruentas; y como lo de clásicos y románticos ya se acabó, ahora se renueva la lucha entre naturalistas é idealistas, y unos acuden á defender los *eternos ideales* y otros la *imitación fiel de la naturaleza, sin distinción de olores*. Los más tontos son los que se llaman á sí mismos *idealistas*, y creen que tienen que pasarse la vida defendiendo la decencia pública, convertidos en inodoros literarios y chorreando siempre el agua chirle que les sirve de desinfectante. Estos escriben, además de *críticas*, novelas imitando á Feuillet. Los otros, que son también grafomanos (no olvidemos lo principal), se vuelven más locos todavía en cuanto les hablan de escribir algo que no haya sucedido ni pueda suceder; y publican libros y más libros, llenos de *hechos sorprendidos á la realidad*. Van cargados de apuntes por todas partes; viajan mu-

cho, y recogen tronchos de verdura en los mercados de hortalizas para copiarlos, en casa, *del natural*.

El grafomano idealista y romántico solía ser un *perdis* holgazán y poco aseado. El *bohémio* era el tipo ideal de esta gente. Pasaban, y pasan los que quedan, la vida en el café; comían, y comen, mal; no pagaban, ni pagan, al casero. El grafomano naturalista es más honesto y más *doméstico*; aborrece *la burguesía*, pero en su vida *privada* hace alarde de ser el primer *burgués*. Trabaja por la mañana, todos los días sin falta (así escribe él lo que escribe); está casado; come con su mujer; tiene tertulia de confianza, y no se mete con nadie. El, que desprecia á los que escriben libros de asuntos históricos ó de países lejanos, habla sin cesar de la mujer pública, sin conocerla apenas. En fin, el grafomano naturalista tiene esta ventaja: no gana gloria, pero gana el cielo por sus buenas costumbres, y se lo hace ganar al lector que tiene la paciencia de tragar sus naturalidades.

El grafomano, según Lombroso, escribe largo y tendido, y el naturalismo ha venido á complacer en esto á los tontos de esta escuela, porque con eso de pintar todo lo que se encuentra por delante, escriben tomos y más tomos y no tienen motivo para acabar nunca.

El grafomano de los suspirillos germánicos y de las doloras y *pequeños poemas* se encontraba con esta dificultad, ó mejor *antinomía*: él, por su manía, quería escribir largo, y el género le imponía la necesidad de ser

breve. Verdad es que sabía librarse del apuro escribiendo infinito número de cosas pequeñas, y salía la misma cuenta.

Según la observación científica, también se conoce al enfermo de esta clase por la afición á los títulos largos. Mucho hay de esto, en efecto; dígalo, si no, «La lenta pero continuada decadencia,» etc., etc.

Sin embargo, la moda puede más que ese prurito, y sin atenerse á él, los tontos literarios prefieren la sencillez y brevedad. Pero en rigor no es ésta una contradicción del principio, sino su confirmación. El principio consiste en que los títulos de las obras de los grafomanos son signo de su enfermedad; y en efecto, se nota que hay siempre afectación, falsedad en el nombre que dan á sus trabajos. Esta afectación ahora consiste en fingir naturalidad y sencillez. Porque algunos escritores buenos han puesto en sus libros por rótulo un nombre ó un apellido vulgar, la literatura grafománica se ha llenado de González, Fernández, Pérez, Suárez y Garcías. Algunos grafomanos han llegado á juntar nombres griegos, egipcios y pérsicos con apellidos ramplones, y así tenemos libros que se llaman *Epaminondas Rodríguez*, ó *Hipatia Menéndez*, ó *Berenice Gómez*, y cosas así.

En la poesía es donde mejor se nota la manía de los títulos singulares. Hubo una época en que todas las tonterías en verso eran *ecos* de alguna parte, generalmente de algún río: *Ecos del Tajo*, *Ecos del Duero*,

Ecos del Pisuerga, *Ecos del Arroyo Abroñigal*; en fin, pura hidrografía. Más adelante salió un poeta de verdad con un poema llamado *Fray Martín el Campanero*, v. gr. ¿Sí? Pues allá van Fr. Juan y Fr. Pedro.

Los números romanos son otro signo de la grafomanía; y en general la manera de dividir las materias, muestra de ella también.

Antes se estilaba poner á cada capítulo de novela un título especial en que se había de decir un chiste, si era posible. Ahora... ¡ca! un numerito romano, y gracias. Esta docilidad con que se va detrás de las innovaciones que un temperamento original y fuerte hace en los pormenores de la forma literaria, es una de las señales más constantes de la grafomanía. No se debe despreciar, por esto mismo, la observación de tales pequeñeces.

¿Y qué diríamos de los giros y modismos al uso? ¿Qué de la repetición de palabras insustanciales que trae y lleva una moda superficial?

¡Habría tanto que hablar de la... — allá va la palabra — de la *sintomatología* literaria de los grafomanos!

Y hablaremos, ¿por qué no? Pero no se puede decir todo en un día. La materia es larga; una experiencia de muchos años y una atención constante me han valido un regular caudal de datos, dicho sea sin modestia, y no quiero que se me pudran.

El grafomano que lo es por completo, que se hace famoso, como se hizo Estrada entre nosotros, como se

hizo Passanante en Italia, no es el que ofrece más utilidad para el crítico, no; en las letras los que hacen estragos son los grafomanos que apenas lo parecen, los que engañan á los profanos, á los que no tienen costumbre de tratarlos y estudiarlos.

El grafomano á medias, el que pasa por escritor de veras, ése, ése merece más atención, y es para nosotros más interesante. ¿Cuántas son sus clases? ¡Cuenta las estrellas, si puedes!...

Pero, en fin, de muchos de ellos se tratará algún día.



CARTA A UN SOBRINO

DISUADIÉNDOLE DE TOMAR LA PROFESIÓN DE CRÍTICO

No en tu vida, amado sobrino; déjate aspar primero, si tienes vocación de mártir, ó haz de modo que te veas tostado en parrillas; que así, tarde ó temprano, vendrás á ser célebre, ó por lo menos el mundo tendrá lástima de ti y llegarás á ser abogado de alguna cosa; pero si en lo de ser crítico insistes, ni te lo agradecerá nadie, ni á cuenta de tus pecados irá lo que padezcas, que será más que todo aquello; pues ten entendido que la crítica es género de tormento y martirio de que en el cielo nadie se cuida, y que en la tierra no merece sino maldiciones.

Dices en tu carta malhadada, á la que en seguida contesto por si llego á tiempo de evitar el daño, que